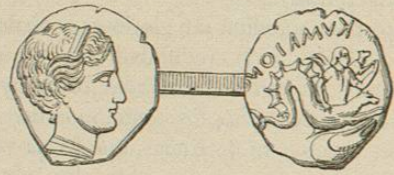


y el país más fértil de Italia, que pudo venir á ser metrópoli á su vez (1), ayudar á Roma y á los latinos, en tiempo de Porsena, á sacudir el yugo de los etruscos del N. y luchar por su cuenta con los de la Campania. La batalla del año 474 resonó hasta la Grecia, donde Píndaro la cantó. Pero en 420 entraron en Cumas los samnitas.

Con todo eso y á pesar del alejamiento y de los bárbaros, Cumas permaneció mucho tiempo griega de lengua, de costumbres y de recuerdos, y siempre que un peligro amenazaba á la Grecia, creía en su dolor ver llorar á los dioses (2). Estas lágrimas pagaban los cantos de Píndaro.

En esta tierra volcánica, cerca de los campos Flegreos y del sombrío Averno, creyeron los griegos á las puertas de los infiernos. Cumas, donde según Homero, había hecho

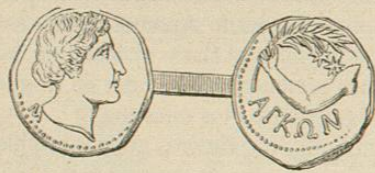


Medalla de Cumas (3)

Ulises la evocación de los muertos, vino á ser la mansión de una de las Sibilas y de las nigromantas más hábiles de Italia: todos los años numerosos peregrinos visitaban con espanto el lugar sagrado con gran provecho de los habitantes. Allí también, en aquel puesto avanzado de la civilización griega, en medio de los jonios, tan llenos del espíritu helénico, se elaboraron las leyendas que trajeron á Italia tantos héroes de la Grecia.

Después de Cumas y sus colonias directas, de las cuales la más famosa es la *Ciudad Nueva*, Nápoles, las demás ciudades calcidianas fueron Zancle, llamada después Mesina, y Reggio que guardaban ambas la entrada del estrecho de Sicilia, pero cuya posición militar era demasiado importante para no atraer sobre ellas numerosos peligros y daños. Los Mamertinos, que sorprendieron á Mesina y pasaron al filo de la espada á toda la población varonil, no hicieron más que lo que algunos años después ejecutó una legión romana en Reggio.

Los dorios que dominaban en Sicilia eran poco numero-



Medalla de Ancona (4)

sos en Italia, pero tenían á Tarento que rivalizaba en poder y riqueza con Síbaris y Crotona y conservó su independencia más largo tiempo que estas dos ciudades (5). Ricas

(1) Cumas fundó á *Dicaerqula* ó *Puteoli*, que le sirvió de puerto, *Partenope* y *Nedópolis*, que la eclipsó. Nápoles contaba también entre sus fundadores á atenienses y cretenses. Estos se habían establecido al principio en la isla de Isquia, de donde fueron ahuyentados por una erupción volcánica. (Strab., V, iv. 9.) El Averno y el Lucrino abundaban mucho en peces. *Vectigalia magna praebebant.* (Serv., in *Georg.* II, 16.)

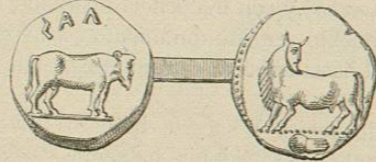
(2) El milagro de las lágrimas de Apolo Cumeo, hubo de renovarse en tiempo de la guerra de Aristonico y Antiocho.

(3) Cabeza de mujer por el anverso, y el monstruoso Escila que defendía la entrada del estrecho de Mesina, por el reverso. El *Σκυλλιστον* era la roca que termina al O. el Brucio ó Abruzo.

(4) Ancona en griego significa *caño*, y de aquí el brazo medio do-

ofrendas depositadas en el templo de Delfos, atestiguaban aún en tiempo de Pausanias sus victorias sobre los yapigios, los mesapios y los peuteციenses. Así, había erigido á sus dioses en muestra de su valor estatuas de tamaño colosal, todas en actitud de combate; pero no pudieron defenderla contra Roma, y el vencedor, que arrasó sus murallas le dejó por irrisión en pie las imágenes de sus belicosas divinidades. Ancona, fundada hacia 380 en el Piceno por siracusanos que huían de la tiranía de Dionisio el Viejo, era también doria.

La más floreciente de las colonias aqueas fué desde luego



Medalla de Laus.

Síbaris, que sometió la población indígena de los países del vino y de los bueyes (Enotria é Italia). Al cabo de un siglo, hacia 620, poseía un territorio cubierto por veinticinco ciudades y podía armar 300,000 combatientes. Pero un siglo



Medalla de Crotona (6)

después, en 510, fué tomada y destruída por los crotoniatas. Toda la Jonia, que traficaba con ella, lloró la ruina de Síbaris, y los milesios se vistieron de luto. Sus tierras producían ciento por uno (7) y ya no es más que una playa pantanosa y desierta.

En la costa occidental de la Lucania, Laus, que los mismos lucanios destruyeron, después de una gran victoria sobre los griegos confederados, y Posidonia, cuyas grandiosas ruinas hicieron célebre la hoy desierta ciudad de Pesto, era de las colonias de Síbaris. Otros aqueos llamados por ella, se establecieron en Metaponto, que debió grandes riquezas á su agricultura y á su puerto, hoy mísera laguna (8). Crotona alcanzó una prosperidad tan rápida como la de Síbaris, su rival, pero se sostuvo más tiempo. Su recinto doble en extensión (100 estadios) supone una población más numerosa, cuya fama en las luchas del pugilato hace que se considere también como más fuerte (Milón de Crotona). Los tiranos de Siracusa hubieron de tomarla tres veces, y cuando los romanos la atacaron había perdido ya toda su

blado que aparece al reverso. Los antiguos solían expresar un nombre por una figura que daba su sentido. Así ciertas medallas de Sicilia, la isla de los tres promontorios, tienen tres piernas en tres diferentes direcciones y reunidas por arriba. Los Sicilianos modernos han conservado este emblema, la *triquetra*.

(5) Tito Liv., XXVII, 16. Estrabón dice:

La riqueza de Tarento provenía de sus pesquerías, de sus talleres de lanas finas del país y de su puerto, que era el mejor de la costa meridional.

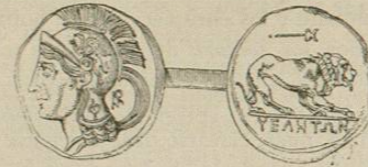
(6) Cabeza de Juno Lacinia; al reverso Hércules sentado.

(7) Varrón. *De Re rustica*, I, 44.

(8) Hoy lago de Santa Pelagina. Cuando las aguas bajan, se entreven aún restos de construcciones antiguas.

importancia. Su ruina, comenzada por Dionisio el Joven, acabó á manos de Pirro y de Aníbal.

Los jonios no tenían más que dos ciudades en la Magna Grecia: Elea, célebre por su escuela de filosofía, y Turios



Medalla de Elea (1)

cuyos principales fundadores fueron los atenienses. Enemiga de Lucania y de Tarento, Turios debía entrar muy pronto, como su metrópoli, en la alianza de Roma.

Es de notar que todas estas ciudades tuvieron rápido desarrollo, bastándoles pocos años para venir á ser Estados con fuerza y poderío para poner en línea de batalla cien mil hombres. No hizo solamente este prodigio el dichoso clima de la Magna Grecia, ni la fertilidad del suelo, que en los valles y llanuras de las dos Calabrias dejaba atrás la de Sicilia, ni aun la prudencia de sus legisladores Carondas, Zaleucos, Parménides y Pitágoras; sino la hábil política que admitía en la ciudad á todos los extranjeros (2) y transformó por algunos siglos los pueblos pelásgicos del S. de Italia en un gran pueblo griego. Sin duda se establecerían distinciones y habría en las capitales sus nobles y plebeyos, en los campos siervos del terruño, y esclavos en las ciudades conquistadas; pero estas diferencias no impedían la unión ni la fuerza. Por este medio también, por esta asimilación de los vencidos á los vencedores llegó Roma á su poderío.

Pero Roma conservó su disciplina mucho tiempo, mientras las ciudades de la Magna Grecia, minadas interiormente por grandes divisiones, y amenazadas exteriormente por Cartago y Siracusa, por los tiranos de Sicilia y los reyes del Epiro y sin cesar inquietadas por los galos italianos y los samnitas, y sobre todo por los lucanos, se debilitaron aún en rivalidades, que prepararon á los romanos una fácil conquista.

Si la Umbria debe su nombre á una colonia gálica, nuestros padres debieron pasar los Alpes la primera vez en cuerpo de nación en época muy remota (3). La invasión del siglo VI es más cierta. Dícese que rechazadas sobre las Cevenas y los Alpes las tribus gálicas del N. O. por invasores de allende el Rhin, se aglomeraron y se oprimieron y al fin se desbordaron como torrente impetuoso, cayendo en número de trescientos mil sobre el valle del Po. A orillas del Tesino, el Biturige Bellovese derrotó un ejército etrusco y estableció su pueblo, los llamados Insubrios, entre este río, el Po y el Adda.

Bellovese había mostrado el camino y otros lo siguieron.

(1) Minerva con casco guerrero; león en actitud de embestir.

(2) Polib., II, 39; Diod., XII, 9. Síbaris mandaba en cuatro pueblos y en 25 ciudades. (Strab., VI, t. 13.) Hay sin duda mucha exageración en el número de 300,000 combatientes, pero el de sus habitantes debía ser muy superior al de las ciudades de la Grecia propia. En ciertas fiestas solía reunir Síbaris hasta 5,000 jinetes, cuatro veces más que nunca tuvo Atenas (Athen., XII, 17 y 18; Diod., fragm. del lib. VIII; Scym. 340). Lo mismo puede decirse de Crotona. Los pelagios de la Lucania y del Brucio mostraron tanta facilidad como los de la Grecia en dejarse absorber por los helenos, en aceptar su lengua y sus costumbres, por las mismas razones, la comunidad de origen ó á lo menos el próximo parentesco. Esta influencia de los helenos fué tan fuerte, que á pesar de las colonias romanas posteriores, la Calabria, como la Sicilia, permaneció como un país griego mucho tiempo. No fué sino á principios del siglo XIV cuando la lengua griega comenzó

En el espacio de sesenta y seis años, los cenomanos al mando de un caudillo llamado Ouragán (*Elitovio*), ligures, lingones, anamanes y senones (4) aventaron á los etruscos de las orillas del Po, y á los úmberos ó umbrienses de las costas del Adriático hasta el río Esino (*Æsis*). Algunos despojos del poder etrusco y umbriense subsistieron, sin embargo, en medio de las poblaciones galas y formaron pequeños Estados libres, pero tributarios y siempre expuestos, por las móviles afecciones de aquellos bárbaros, á repentinas agresiones. Así fué sorprendida Melpio á traición el mismo día en que los romanos entraban en Veyos.

Como conquistadores, los galos no rebasaron los límites en que se detuviera la invasión de los senones. Pero esta vigorosa raza, estos hombres ganosos de fama, de botín y de combates, turbaron durante mucho tiempo la península, como todo el antiguo mundo, antes que las legiones pudieran sorprenderlos en medio de sus bosques y tenerlos á raya en su territorio.

Habitaban caseríos sin murallas, dice Polibio, dormían sobre la hierba ó la paja, sin saber más que combatir y arar un poco. Viviendo sobre todo de carne, sólo estimaban el oro y los ganados, riquezas móviles que no embarazan al guerrero pudiendo trasportarlas consigo á todas partes. Bajo su dominación, volvió la Cisalpina á la barbarie, de que la sacaron los etruscos, y se extendieron los bosques y los pantanos. Las puertas de los Alpes quedaron abiertas y continuamente descendían de ellos nuevas turbas que exigían su parte en el país de la viña. Su alta estatura, sus gritos salvajes, sus movimientos coléricos y amenazadores y la ostentación de bravura que los días de batalla les hacía despojarse de todo vestido para pelear desnudos, espantaban tanto á los italianos que á su aproximación no había nadie que no se armara.

¿Qué decir más? A Alejandro, joven, afortunado, audaz y amenazador, le contestaron los galos del Danubio que no tenían más que la caída del cielo; y el primer ejército romano que vió á los de Italia, huyó de ellos con espanto. Roma, sin embargo, había de encontrarlos por todas partes, en Cartago, en Asia, al rededor de Aníbal, á sus mismas puertas y hasta al pie del Capitolio.

Italia, en aquella primera edad, no tiene más que esta historia crepuscular cuyos inciertos resplandores difícilmente atraviesan las tinieblas que envuelve el origen de los pueblos. Con todo eso, á esta luz aun dudosa, pueden reconocerse algunos hechos importantes para la historia general y en particular para la de Roma.

Así, pues, todos ó casi todos los itálicos pertenecían á la raza ariana. Eran más allegados de las tribus helénicas que los germanos de los celtas y eslavos, ramas desprendidas también de aquel potente tronco. Pero si este parentesco con los griegos los disponía á sufrir un día la influencia de la civilización helénica, no tomaron de sus hermanos

á perderse allí. En cuanto á la prosperidad de estas ciudades, se refiere, más de lo que se ha mostrado, á la de las colonias griegas en general. Dueños de todas las costas de la gran Cuenca del Mediterráneo, los griegos tenían en sus manos el comercio de los tres mundos. Continuas relaciones unían sus ciudades, y cada uno de los puntos de este inmenso círculo se aprovechaba de las ventajas de los demás. La prosperidad de Tarento, de Síbaris, de Crotona y de Siracusa respondía á la de Focea, Esmirna, Mileto y Cirene.

(3) Nombres geográficos, como dolmen, etc., revelan la presencia en el valle del Danubio, desde el Euxino hasta el Schwartzwald, de numerosas colonias griegas que pudieron venir de allí directamente á Italia. En este caso, los galos de las orillas del Loira no habrían sido más que el grupo occidental de este gran pueblo.

(4) Estrabón (V, 1, 6) añade los gesates á los senones, esos dos pueblos, dice, que tomaron á Roma.